

✠

# NOS D. F. RAFAEL

de Velez, por la gracia de Dios  
y de la Santa Sede Apostólica,  
Arzobispo de la Santa Apostólica  
Metropolitana Iglesia de Santiago,  
Caballero Gran Cruz de la Real  
y distinguida Orden Española de  
Carlos III, del Consejo de S. M.,  
su Capellan Mayor, Juez Ordina-  
rio de su Real Capilla, Casa y  
Corte, Notario Mayor del Reino  
de Leon, &c.

—————

*A todos nuestros muy amados fieles, salud  
y paz en Nuestro Señor Jesucristo.*

**H**ace dias, que deseabamos hablaros con motivo del mal del Cólera, que despues de haber corrido la mayor parte de la Europa y de la España, temia se acercase á nuestra Provincia y nos envolviese entre sus estragos. No queríamos alar- maros: nuestro intento era solo preveniros. De dia en dia lo hemos ido difiriendo, por no in-

timidar los animos; pero estando ya casi á las puertas del Arzobispado, y declarada su procsimidad por las Autoridades, que incesantemente velan por nuestra conservacion, por el celo con que toman las providencias mas eficaces, ó para impedir su comunicacion, ó para atender á quienes invada; sin recelo alguno podemos ya dirigirnos á vosotros por la parte que á Nos toca, con respecto á vuestras almas, de cuya salvacion estamos encargados.

Desde que nacemos, caminamos al sepulcro: nuestros dias corren con velocidad, para sepultarnos en el polvo, de que fuimos formados. En los instantes que ecsistimos, cuanto nos rodea, nos recuerda de continuo que nuestro fin se acerca. Tan luego como abrimos los ojos, principiamos a ver una cadena de seres, que son y dejan de vivir. La naturaleza en todas sus producciones nos predica tan terrible verdad. Ella muere á nuestra vista. Los arboles mas robustos pierden sus frutos, sus ojas se secan: parecen esqueletos. Las plantas crecen llenas de verdor, á poco lo pierden, se acaban, mueren. La flor que por la mañana aparece en su mayor hermosura, á la tarde está ya ajada, marchita, no es mas. Ese Sol que diariamente brilla sobre nuestras cabezas, y que observamos con placer, destinado para dar vida á todas la criaturas, ese mismo es elregonero de nuestra muerte. Nace, sube á lo mas alto de su carrera, principia á faltarnos, se pone, y las sombras nos rodean, nos ocupan. Si vuelve á nacer al otro dia, es para hacernos entender la misma verdad; que tenemos un dia menos, y que la celeridad con que camina á su ocaso, es con la que nosotros corremos al sepulcro. La noche

predica bien la eterna, que nos espera. Todos los dias que vivimos, son un instante en comparacion de la eternidad, que nos aguarda y á la que nos conducen.

En todo tiempo se muere: aun no nos es preciso nacer, para morir: la muerte se anticipa alguna vez al nacimiento. La infancia como la vejez; una salud enfermiza como una robustez la mas completa, nada impide á la muerte su imperio sobre los hijos de los hombres. Todos nacemos para morir, y morimos cuando place al que numeró nuestros dias, sin poder añadir, ni quitar un instante.

La muerte no necesita de males, ni de enfermedades, ni de epidemias: su incesorable guadaña la estiende segun le agrada; pero como de ordinario vemos, que son en mayor número sus víctimas, cuando aparece un contagio, ó una peste; de aqui nuestros sentimientos, nuestros temores, nuestra mayor obligacion de prepararnos para morir, y la mas urgente en nosotros para hacernoslo entender, previniendoos en semejante peligro.

Al efecto, establecido está, os decimos con el Apostol S. Pablo, que el hombre muera, y muera solo una vez. *Statutum est hominibus semel mori.* Aunque nuestra muerte no fuera mas que dejar de ser, siempre nos debería aterrar, pero podríamos en algún caso mirarla con menos displacer: mas, si como está decretada nuestra muerte, lo está tambien el inmediato juicio: si á los dias de la vida se ha de seguir una eternidad, y si ha de ser ésta feliz ó desgraciada, segun el estado en que hayamos dejado de vivir. ¡Ay! ¿como podremos mirar tan terrible momento cercano, sin estremecernos y sin prepararnos?

A la muerte sigue inmediatamente un juicio: *post hoc autem iudicium*. Las obras buenas ó malas nos siguen hasta la eternidad: despues de la muerte nada se obra: si la muerte nos halla preparados bien, ¡feliz eternidad! *beati mortui qui in Domino moriuntur*: si morimos en pecado, horrorosa muerte: *mors peccatorum pessima*: ¡terrible eternidad! El justo Job esperaba de continuo este momento lleno de pavor: siempre le estaba previniendo: *cunctis diebus quibus nunc milito, expecto donec veniat immutatio mea*: y si el justo apenas se salvará, *impius et peccator ubi parebunt?* ¡Quien se hallará en disposicion de presentarse al Juez; *quis stabit ad videndum eum?* No hay mas remedio, carísimos fieles, que el prepararnos. Interin tenemos tiempo vamos á obrar todo bien: trabajemos por nuestra salvacion. 1.º Separandonos de toda obra menos justa, de todo lo malo. 2.º Dedicandonos á toda virtud, toda obra buena. Así aplacaremos á nuestro Dios, y nos mirará con misericordia.

## §. 1.º

***Dejemos de obrar mal.***

Es un principio para obrar bien, dice el P. S. Agustin, la confesion de lo malo, que hayamos hecho. *Initium operum bonorum, confessio est operum malorum*. Si el hombre despues de haber seguido el camino de sus pasiones, no llega á penetrarse tiene ofendido su Dios; si aunque los remordimientos de su conciencia á la continua le griten salga de tan mal estado, él los procura acallar

y disuadir; y si en vez de herir su pecho confesando sus culpas, diciendo con David, *peccavi*, se desentende, hace que no oye, y forzado á responderse á si mismo, se contesta-bien. . . . *et quid mihi accidit triste?*, interin dure esta resistencia, esta obstinacion, no podemos esperar su enmienda, que se abstraiga de todo lo malo y obre el bien. Correrá desbocado las sendas de la iniquidad, se coronará con las rosas de sus placeres, antes que se marchiten por la edad, no habrá prado en que no se sacie, se encenagará; pero si, ó por el fastidio que las mismas diversiones le causen, ó por las ansiedades vehementes que produzcan en su alma, se le oye decir, aunque entre dientes *erravimus. . . lassati sumus in via iniquitatis. . .*, si en tales momentos levanta sus ojos al Cielo, reconoce su origen, se vé envilecido, degradado, comparado, y hecho semejante al bruto, que pasta en los campos; y cediendo á sus remordimientos, á sus reflexiones, vuelve sobre sí, y reconoce que hasta allí ha obrado el mal, hechose enemigo de su Hacedor, de su Padre, de su Dios, ¡Ah! Ya aqui comienza su confesion; ya principia con el auxilio del Señor á detestar sus culpas, á arrepentirse, á convertirse á él, y si corresponde á las gracias, no podrá por menos, que decirle cubierto de lágrimas con el mas profundo dolor, *Pater, peccavi in coelum et coram te*, y entablando una vida nueva, dedicarse á cortar de raiz los vicios, en que hasta allí abundó, declarar la guerra á las pasiones, y prepararse para la lid, que ellas y nuestro enemigo comun precisamente le han de hacer.

Nuestra vida es una continuada Milicia sobre la tierra: todos los dias que vivimos, tenemos que sostener una lucha cruel. Al Cielo no se vá por

un camino ancho: el que conduce á la vida eterna es estrecho, y es preciso hacerlo cargado cada uno con su cruz, peleando de continuo y venciendo. Dios no nos deja, no nos abandona; con mas ó menos fuerza siempre nos llama al bien, y auxilia para que le hagamos. Si obramos el mal desentendidos de sus clamores, se alejará de nosotros; ó mas bien, nosotros nos iremos alejando de él; pero los remordimientos continuos, que acompañarán á nuestros delitos, serán la voz del Señor, con que nos llame: dia y noche se hará percibir, la oiremos á nuestro pesar; y por mas que hagamos, para no acceder al que así nos llama, no dejaremos de sentir su aguijon molesto, un torcedor tan cruel.

La esterilidad de los campos, las guerras, las enfermedades, epidemias, pestes, los males que nos afligen, todos son dispuestos por nuestro Dios, para que arrepentidos de nuestros pecados, nos volvamos á él. ¿Habrà algun mal en la Ciudad, decia uno de los Profetas al Pueblo de Israel, que el Señor no haya hecho? *¿Si erit malum in Civitate, quod Dominus non fecerit?* Los malos tiempos, las faltas de lluvia, ó sus escesos; una atmosfera corrompida ó infeccionada, no son obras del acaso, son si naturales; pero como la naturaleza está siempre sometida al imperio del que la formó, como nada obra, ni puede hacer sin su beneplacito, cuanto de ella nos venga de bienes, ó de males, el Señor es el que nos los manda. El aire, el fuego, el mar, la tierra se conjuran á la vez contra el hombre delincuente, para hacerle entender, que hay un Dios en las alturas, que vela sobre su conducta, que se interesa en sus acciones, y que quiere y le manda deje de obrar mal y obre el

7  
bien, pues que para este solo le crió. Si se resiste, no obedece, se rebela contra su Dios, declara la guerra al Cielo: ¿que extraño le debe ser, que todas las criaturas se le opongan, y peleen por su Hacedor? *Pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos.* Duro nos debe ser, fieles míos, resistir á nuestro Dios, y mas duro, si convencidos de que si nos affige, es por que nos quiere convertir, insistimos en nuestros pecados, en obrar mal.

¿Quien no se llama al interior, al ver del modo con que el Cólera ejerce la justicia del Señor en nuestros pueblos? Las Ciudades, Villas, Aldeas, pierden sus habitantes. En algunas perece la mitad de los invadidos: á todas horas se ve conducir cadaveres á los cementerios: casi en todas las familias hay sentimientos. En estas faltan los padres: allí muere el marido: aquí la madre que cuidaba de sus hijos. El luto cubre los que sobreviven, y las lágrimas corren en abundancia por sus mejillas. Los que aun están libres del contagio publican con su silencio, con su abatimiento, la tristeza que debora sus almas. No se habla mas que del Cólera, los estragos que hace, el número de sus víctimas. Por las calles se vé con frecuencia al Señor, que vá á los enfermos; los que llevan los cadaveres, ó al carro que los conduce; y al pariente y al amigo que vuelven de la fosa regada con sus lágrimas, tributo prestado á los difuntos. ¡Ay del que cierre sus ojos, y endurezca sus oídos para no escuchar la voz de Dios, que nos habla! ¡Ay de nosotros si no volvemos sobre nosotros mismos, para conocer que las culpas son la causa de tantas muertes, de tantas lágrimas, de tantos males! Aun hay, fieles míos, remedio; penetre-

monos de que el Señor nos aflige con el fin de que nos enmendemos y convirtamos. Cesen los pecados, y esperemos del Señor, que levantará su mano y la plaga cesará.

Esta es una verdad, fieles míos, que deponen nuestros libros santos: no hay por que estendernos, para inculcarosla. Si hubiese alguno que la dudase, le diríamos consultase su conciencia propia, y por sus mismos sentimientos juzgue los del Señor. ¿Cabe que un padre aflija sus hijos sin causa? pues quien nos manda el Cólera es Dios, y nosotros somos sus hijos. ¿Un autor destruye sin motivo sus obras, ó por solo su placer? Nosotros somos hechuras de Dios, y él mismo es el que nos acaba con este contagio. ¿El Juez justo castiga al inocente? El Señor nos juzga, pesa en su balanza nuestras obras, y con su mano fuerte nos toca, nos oprime, nos hiere, nos da la muerte. ¿Y quien es justo como nuestro Dios? ¿quien ama mas sus hijos, que nuestro Padre, que está en los Cielos? ¿quien mira mas por nosotros, que el Señor que tiene numerado en todos, hasta nuestros cabellos, y nos ha dicho, que ni aun uno de ellos perecerá? Lo volvemos á decir, amados fieles, nuestros pecados son la causa de los males, con que el Señor nos aflige. Si queremos que el Cólera se acabe, el remedio está en nuestras manos. Cesen las culpas, y confiemos, en que el Señor hará cesar esta plaga. Confesemoslas ante nuestro Dios, y nuestra confesion será el principio de las obras buenas, que tanto necesitamos para aplacarle.

Se multiplican los perjuros; por nada se hallan testigos falsos: los robos, aun de las Iglesias, se advierten de cuando en cuando, apesar del celo

de nuestro Gobierno, para impedir tan horribles sacrilegios. ¿Que queremos haga nuestro Dios con los que así pecamos? la irreligion, que aparecía antes solo en cierta clase de poblaciones y personas; ya hace años se estiende á las aldeas, y contagia aun á los que viven en los campos. El ridiculo, el sarcasmo contra las cosas santas, que jamas pronunciaron nuestros padres, se nota en algunos, apesar de que tuvieron la educacion mas cristiana. Se desobedecen los preceptos santos de la Iglesia. La confesion y comunion de la Pascua, se diferien, se retardan; llega el fin determinado, se espera por los Parrocos, amonestan estos á los morosos, les ruegan, vuelven á instarles; y apesar de su celo, acaba el año, principia otro, y aun no se han cumplido. Y esto por algunos, un año, otro año... ¿A que esperamos? ¿No es esto tentar á nuestro Dios? ¿Que ha de hacer este Señor, sino despues de tantas esperas, sufrimientos, amenazas... castigarnos? Los dias festivos no se santifican, como se debe; muchos trabajan en ellos, las parroquias casi quedan desiertas, y á la Misa y predicacion del Parroco en muchas, solo asisten los ancianos y los parvulos. Los demas á una, dos, ó tres leguas se van á las ferias, á los mercados. *Hacé fecisti, et tacui.* Hasta aquí ha callado el Señor; ya nos habla, pero es con su Cólera. *Loquetur ad eos in ira sua,* y en su furór contúrbará y deshará á los que se obstinan en desobedecer sus mandatos.

Las prácticas de la religion cada dia van á menos, y algunas de las que se conservan, adolecen de vicios, que claman al Cielo, y se hace necesario evitarlos. Esas peregrinaciones á los Santuarios, ¡cuanto mejor fuera que muchos no las

frecuentásen! Asisten á ellas mas para divertirse, que para santificarse. Una Misa oida en medio de una bulla intolerable, he aquí por que se andan leguas y leguas por mugeres jóvenes; se pernocta en los campos, y gastan en una de estas romerías, lo que debía alimentarlos por semanas. Dada media ó una hora al culto del Santo, ó Imagen, que se venera; la vispera, la noche entera, el dia todo, se ocupa en danzas, bailes; vino, desordenes. . . . Aunque en la Visita hemos procurado por todos los medios posibles, cortar semejantes males, en pocas parroquias hemos podido del todo remediarlos. Fieles míos, decidme ¿se agrada de este modo á nuestro Dios? ¿honramos por este orden sus Santos? ¿creeis que así atraeis las bendiciones del cielo y pagais vuestros votos á los Santos, cuando por vuestras enfermedades ofrecisteis visitarlos? ¡Ah! *Solemnitates vestras odium anima mea*, decia Dios á su antiguo pueblo; y lo mismo dice á los que de tal modo celebran á los Santos, ó van á los Santuarios.

La relajacion de costumbres, hace años, va cada dia á mas: la immoralidad se generaliza; lo vemos, lo palpamos. La falta de Religion en algunos es bien pública: la indiferencia en las prácticas religiosas lo es mayor. Muchos padres descuidan la educacion de los hijos. Los Parrocos claman, y se desatienden, se les desobedece. Los medios en fin, que la Religion tiene para atajar los males y curarlos, de poco sirven, ó por que no se estiman, ó por que se desprecian. ¿Que hará pues nuestro Dios por su causa, la de la Religion y la de nosotros mismos? ¿Nos abandonará á nuestro réprobo sentido, para que mas abunden nuestros males? ¿Dejará impunes nuestros delitos, para que ellos llenen la medida

de su paciencia; y nos destruya, ó trasplante á otro Reino su fé, su Religión, como lo tiene hecho con otras Naciones? ¡Ay! Sus mismos castigos, son medios de que su misericordia se vale, para que nos corriamos: conoce la masa de que nos ha formado: sabe lo que es el hombre, y su misericordia, que es sobre todas sus obras, y la que mas resplandece en cuanto con nosotros hace, es la que aun nos habla, nos llama, nos grita, para que nos enmendemos, nos arrepintamos. Mas, sino oímos la voz de Padre; si los males que nos envía, lejos de hacernos mejores, nos endurecen; si tascamos el freno y recalcitramos; su ira se encenderá mas y mas, su Cólera se hará mas sensible á todos, su mano fuerte nos oprimirá, y tal vez nos dejará en nuestros pecados. Acaso llegará tiempo en que le llamemos y no nos oiga; que le clamemos y se desentienda; que querramos volver á él, y nos rehuse del mismo modo, que nosotros hemos rehusado escucharle.

Hace tiempo que el Señor nos visita de continuo, y prueba con las mayores aflicciones, con males de todas clases. La fiebre amarilla á principios de este siglo deboró por muchos años la parte litoral de España desde Cadiz á Barcelona; la guerra mas cruel desoló todos nuestros pueblos desde el año de 8 hasta el 14; la falta de lluvias esterilizó nuestros campos varios años; los terremotos en los Reinos de Granada y Murcia hicieron miles de estragos, la tierra se hundió, y desapareció una multitud de casas y habitantes; la atmosfera llena de fuego causó el mayor terror y espanto este año en varios pueblos, y se manifestó bien en Santiago. ¿Nos hemos enmendado? ¿Somos mejores? ¿Hemos dado señal

siquiera de que escuchamos la voz terrible, del que así nos habla? !Ay fieles! sed vosotros mismos los Jueces. Juzgad por un momento en verdad entre nosotros y nuestro Dios. Nos llama lleno de amor, como Padre; como Juez nos castiga, aunque siempre con misericordia; varía de medios para corregirnos, esperandonos años y años, para que mejoremos de conducta; y no haciendolo; por el contrario, yendo nuestros pecados á mas; que deberá hacer...? Hará venir la enfermedad del Cólera, traerá esta plaga desde lo interior del Asia, que corriendo, y destruyendo, y assolando toda la Europa, entre tambien en la España, la aflija, la envuelva entre sus horrores y estragos.

Lo vemos; lo tocamos; lo sentimos. Tomad los papeles públicos; contad, si podeis, la multitud de víctimas que lleva ya sacrificadas en la Andalucía, las Castillas, Estremadura, las Provincias, Murcia, Valencia, Cataluña, Asturias. No se contenta con entrar una vez en una Ciudad ó Provincia y devorar una gran parte de sus habitantes; vuelve una y mas veces, y acomete y arrebatá á los que primero había perdonado. Declarado ya sano un pueblo, aun se ven nuevos casos. ¿Hasta cuando, Dios mio, durará este Cólera? *¡Omuero Domini! ¿usquequo non quiesces?* Señor, cesad ya de herirnos: no mas muertes: entre en la vayna esta espada, con que nos acabais; refresquese, calle: *ingredere in vaginam. tuam, refrigerare et sile...*

Aunque no fuera por evitar el mal, de que nos vemos amenazados; por estar bien con nuestro Dios; por tener paz con nosotros mismos; siquiera por no participar de las amarguras, que devoran al que obra mal, deberíamos separarnos de todo

pecado. Por mas que los hombres entregados á sus pasiones, aun los llamados *espíritus fuertes*, quieran mientras viven, desentenderse de las ansiedades de una conciencia agitada, y de los torcedores crueles de sus crímenes; estos siempre les acompañarán, les ahogaràn, y la vida, que hagan, no será mas, que una muerte continuada. La memoria de esta les aterra, y mucho mas la terrible idea de la eternidad, que les aguarda. Pero cuando aquella se vé ya cerca por una enfermedad peligrosa, y se deja sentir en el alma con todo el peso de sus remordimientos, y en el cuerpo con el conjunto de dolores, angustias insuperables, toda la fortaleza huye, todo animo decae, el cuerpo cede y el alma se abate. Voltér dió á sus admiradores al tiempo de morir las pruebas mas terribles de estas verdades. Por mas que se esfuerce el hombre, haga reflexiones, se disuada del peligro de una vida estragada, viciosa, criminal, que rehuse beber el cáliz de la ira, é indignacion del Señor y que le incline de una á otra parte *et inclinavit ex hoc, in hoc* para no sentir sus amarguras; aunque á la hora de la muerte la filosofia, la indiferencia, el materialismo, ó los ejemplos de un Sócrates quieran suavizarsela, para que así, interin duren los instantes que le restan de vida, aparezca tranquilo, en calma. . . . ¡ Ah! En vano: sus heces no se han apurado! *Fæx ejus non est exinanita*: la beberán en los últimos terribles momentos, y por toda una eternidad, todos los pecadores de la tierra; *bibent omnes peccatores terrae*.  
 ¿Que remedio pues para evitar estos males?

Ha dicho el Señor por sus Profetas no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; que en el dia que el pecador se convierta á él de

todo corazón y dege de obrar el mal, le perdonará sus pecados, no se volverá á acordar de ellos; y si persevera en observar su ley, no le afligirá. La alternativa continua de beneficios los mas extraordinarios, hechos por Dios en favor de Israel, y los terribles males con que le castigó, cuando prevaricaba contra su ley santa, prueban bastante la adorable providencia del Señor y sus juicios, bien en afligirnos, bien en consolarnos. Decía Dios á Isaías » Sion ha dicho, el Señor me ha desamparado. *Dereliquit me Dominus.* ¿Por ventura puede una muger olvidarse de su infante; y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque hubiese alguna que se olvidase, yo no me olvidaré de tí. *Ego tamen non obliviscar tui* » Fieles, vosotros sois hijos de una mayor predileccion, que aquellos á quienes se dirigían estas dulces palabras. Nosotros somos el pueblo de su amor, adquirido por la sangre de Jesus nuestro Redentor, nuestro Padre y nuestro Hermano. No nos ha abandonado, no nos ha olvidado, para que perezcamos: por la misma enfermedad del Cólera nos llama. Convirtámonos pues al Señor, que segun su palabra nos perdonará, nos recibirá entre sus brazos, enjugará nuestras lagrimas, y tal vez el Colera, sus horrores, sus estragos, no los llegaremos á sentir. Volvamos á él; no querramos endurecer nuestros corazones en este dia, que nos habla, oigamos su voz, que resuena en nuestras almas; apesar de hallarse desiertas de toda virtud, y que nos dice: *parate viam Domini*: aparejad el camino del Señor: *rectas facite semitas ejus*: haced derechas sus sendas. Los caminos torcidos de vuestras pasiones, que habeis andado hasta aquí, dejadlos: corred solo por los de sus mandamientos santos,

que son los caminos del Señor. Cesad de obrar el mal, haced solo lo bueno, y entonces será cuando toda carne respirará y verá la salud, que nos viene de Dios; al Salvador en la salud, que nos dará, *et videdit omnis caro salutare Dei.*

Si el dolor y arrepentimiento mudan el corazón del pecador, si la confesion sana su alma, si el cuerpo y sangre de Jesucristo lo fortalecen; el temor del Cólera, la ansiedad continua, el peligro de morir, que tanto le afligian, no obrarán en él del mismo modo; y acaso por este orden la enfermedad no se contraerá, ó contraída, se evitará la muerte. El corazón antes inquieto, turbulento, se dilata; la respiracion anhelosa cesa; una dulce paz le calma, y las fuerzas estenuadas se reaniman, produciendo alguna vez una crisis, que le restablece, que le da la vida. ¿Por qué? Porque la dulzura de la gracia ha destruido las amarguras, que en ella producía la memoria de sus pecados; porque la muerte que antes se le presentaba terrible, ya la conoce como débito de sus pecados, y que sufriendola resignado, le servirá de mérito; porque la eternidad, que primero le tenia aterrado, lejos ahora de afligirle, la vé como un solo paso, que dado, lo unirá á su Dios para poseerle; porque va á salir de esta casa de vil barro, que se deshace, para vivir los palacios celestiales; porque se acabó el tiempo de la lucha, y entra en el del descanso. Porque... los padres, la esposa, los hijos, los bienes, los empleos, los honores, ... todo cuanto pudiera alhagarle en este valle de lágrimas, no son mas que lenitivos débiles á los sinsabores y aflicciones de la vida, que por mas feliz, que se quiera suponer, alternan de continuo, acibarán todos los gustos, y jamas pro-

ducen una perfecta alegría, una paz completa á nuestras almas. Las comodidades de la vida, los placeres, aun los mas justos, las delicias, aun las de la virtud, jamas podrán llenar el vacío de nuestro corazón. Este fué criado para Dios; y todo lo que no sea poseerle, es zozobra, angustia, inquietud. *Inquietum est cor nostrum, donec requiescamus in te.*

El que se penetre de estas verdades ¿temerá él Cólera? Si suponemos un justo ¿huirá despavorido, para prolongar una vida llena de trabajos? Si pecador, pero convertido y preparado ¿mirará ya con horror el fin de sus días y abandonará acaso sus obligaciones, ó dejará su familia, sin prestarles los auxilios que reclamen, por no esponerse á morir del contagio? No, fieles, su alma la tiene en sus manos; su conciencia no le argüye ya; permanecerá tranquilo, cumplirá sus deberes, bien sea hombre público, bien privado; atenderá á los que reclaman su ayuda; y aunque diariamente muera en sus padres, en sus hijos, en su muger, en sus parientes y amigos, esto mismo le esforzará aun á hacer el sacrificio de su vida, por servir y ayudar á los contagiados siendole él morir su ganancia, *mori lucrum*. Sabe muy bien, que el Señor tiene contados sus días y hasta los instantes; que cuando le plazca, de este modo, ó del otro, por el Cólera, ú otra enfermedad, le llamará así; y por último, que por él somos, por él nos movemos, por él vivimos, y que vivamos ó muramos, somos siempre suyos. *Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus.*

*Hagamos todos lo bueno.*

Decíamos, que si queremos alejar de nosotros el Cólera, obrasemos todos bien. No basta separarnos de lo malo, dar de mano á nuestros desordenes y pasiones; nos es preciso practicar las virtudes, hacer el bien. Interim dura la vida, es el tiempo de obrar, y debemos obrar cuanto nos sirva para la vida eterna. El Señor por su parte nos está siempre llamando; de nosotros es el oír su voz, y el cooperar. Ahora más que nunca lo hace, escitandonos por las calamidades públicas, con que nos prueba, á la penitencia, á corregir lo que hemos pecado. En estos dias, que por su misericordia disfrutamos, vamos á practicar toda virtud. El Señor nos ha ofrecido oír á los que á él claman en el tiempo aceptable, y ayudarlos en el dia de salud. Puesto que el Cólera no está todavia entre nosotros; conociendo que el Señor le retarda, para ver si nos corregimos, demonos prisa á aplacarle.

Guardemos los mandamientos de nuestro Padre Dios. Arreglemos nuestra vida por los preceptos de nuestra Madre la Iglesia. Ellos son la norma de nuestra conducta pública y privada, á los que debemos estar como cristianos. En vano llevamos este nombre santo, si nuestras obras no corresponden á la Religión, á que nos gloriamos pertenecer. ¿Somos hijos de Jesucristo? hagamos las obras de Jesus. ¿Somos discípulos de Jesus? practiquemos su doctrina. ¿Tenemos la fé de Jesus?

vivifiquemosla por la observancia de la ley, por que de lo contrario es muerta. ¡Ay fieles! Nuestra religion, nuestra fé, nuestra ley, reprueban nuestra conducta; y nuestra moral, y la vida que hacemos destruyen nuestra religion en nosotros, debilitan, anulan nuestra fé, nos ponen en oposicion con nosotros mismos. Sin mas pruebas que las que en esta parte nos presenta nuestra conciencia, podemos concluir cuanto debemos temer del juicio del Señor, si nos llama ahora, y que poco podemos fiar de las obras, que de algun modo creamos haber hecho buenas, y con ellas agradadole.

La ley del Señor toda pura, toda santa, convierte las almas de los que se prestan á seguirla. La Religion que nos propone su observancia, lejos de apocar, ó intimidar nuestros animos, les da un vigor y valor el mas extraordinario. Ella es la luz, que guia sus pasos, que guarda las almas en el temor santo, que las preserva de caer en los peligros. Ella la que forma en el corazon del hombre el carácter de justicia, la que le da la idea de la virtud sólida, del honor, de la grandeza, del verdadero heroismo. Sin ella no hay mas en todo lo humano, que desordenes, delitos; envilecerse, degradarse; pasiones, crímenes. Obsérvese cuanto se nos ordena por Dios y por su Iglesia, y espere-  
mos en su misericordia, que por Jesus seremos libres del Cólera, *salvi erimus ab ira per ipsum.*

Para mantenernos en la guarda de la ley del Señor, sirven como de estímulo el mas poderoso las practicas religiosas, que manda ella misma, ó inspira. Ellas no son la Religion, pero forman en parte el culto exterior, sin el que la Religion

no existe. Somos materiales y sensibles, y no podemos tributar á nuestro Dios un culto público solo con nuestro corazón. Cuando el alma se penetra de sus deberes para con el que la crió, el cuerpo, formado tambien por él, toma parte y le sensibiliza por sus actos, su respeto, su amor, su temor; y prosternándose hasta el polvo, levantando sus manos, hiriendo su pecho, y ofreciendole sus oraciones y sus votos, se une á otros, deseoso de que la ofrenda se haga tanto mas aceptable, cuanto mas general, mas pública.

Desde Abél á Jesucristo ya recibió el Señor los sacrificios, que bien en particular, ó bien en comun le ofrecieron siempre los hombres en protesta de su sumision y respeto, de su fé y de su amor. Jesucristo sacrificado en las victimas, que le representaban desde el origen del mundo, inmolado una vez en el Ara de la Cruz, reunió en sí todos los sacrificios de la antigua ley, y se substituyó él mismo en hostia viva, que en todo lugar y hasta la consumacion de los siglos se ofreciese á su eterno Padre, mandando, que se le sacrificase, é hiciese en memoria de su pasion. Los Apóstoles lo principiaron así á practicar, y los fieles desde entonces, se juntaron siempre en los Domingos, dias llamados del *Señor*, para asistir y ofrecer con los Sacerdotes esta hostia de placacion, participando de ella, conforme á lo dispuesto por el Salvador mismo.

*Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su Sangre, dijo Jesucristo, no tendreis vida en vosotros no vivireis:: el que come mi carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna:: mora en mí, é Yo en él.* La caridad y el fervor de los primeros

fieles, con que cumplían este precepto del Señor, se fué entibiando con la sucesion de los siglos, y la participacion de la Sagrada victima ofrecida en el altar, se hacía ya solo en los dias de las Pascuas; y diferiendose despues aun mas; la Iglesia nuestra Madre se vió en la necesidad de fijar ya un tiempo, en que se cumpliese, recibiendo al Señor. Ordenó pues, fuese por la de Resurreccion, disponiendo igualmente se confesasen en ella, ya para que no se retardase de dia en dia nuestra conversion á Dios, é ya para que se preparase el fiel á recibirle, probandose antes de comulgar, segun lo prevenido por San Pablo, para no hacerse reos del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. ¿En que piensan los que dejan pasar un año y mas, sin acercarse á su Dios? ¿Como se desentienden de tan sagrados preceptos? ¿No es esto decir por los hechos, que rehusamos vivir por la vida de Jesus, que no queremos participar de la Carne y Sangre de Jesus?

*Acuerdate de santificar el dia del Sabado*, gravó el Señor en la piedra que dió á Moyses con sus preceptos. *Oye Misa entera todos los Domingos y fiestas de guardar*, nos dice la Iglesia. He aquí, fieles mios, dos obligaciones que la Religion nos impone, santificar los dias de fiesta, y oír Misa en ellos, para ofrecerle á Dios de este modo nuestro culto, agradarle, y corresponder á su amor. Desde el principio del mundo se consagró á Dios el Sábado: los Apóstoles substituyeron el Domingo en honor y memoria de la Resurreccion del Señor. Si por motivos frívolos, causas que se pueden escusar, trabajamos los dias santos, no los santificamos. Si por ir á un mercado, ó feria, dejamos de oír Misa, ó contribuimos á que nuestros

dependientes no la oigan, nos hacemos reos delante del Señor de transgresion de los preceptos, que debemos observar, y provocamos su ira, para que nos castigue. Reflexionad, fieles míos, sobre el abandono con que mirais los dias santos, y no estrañar, que nuestro Dios esté irritado contra nosotros.

*No tomarás el nombre de tu Dios y Señor en vano*, nos dice él mismo en su Ley Santa. Muchas veces hemos tenido que abstenernos de preguntar á los que nos piden limosna, si no la acababan de recibir, por que la contestacion de algunos era un juramento. ¡Cuanto se ofende al Señor en esta parte! El nos ha dicho, jurarás en *verdad*, en *juicio*, ó necesidad y en *justicia*. El juramento es un acto de Religion; alabamos á Dios con él; pero es preciso se haga del modo que acabamos de decir. Santo y terrible es el nombre del Señor. ¿Como se atreve el pecador á pronunciarle con una lengua de mentira, de falsedad, de calumnia, en ruina de su alma, con escandalo de cuantos lo oyen y lo saben, y aun en perjuicio de sus hermanos? No añadamos pecados á pecados, no encendamos la ira de nuestro Dios. Que vuestros hijos no oyan jamas de vuestros labios semejantes juramentos.

Vuestros votos al Señor, ó á sus Santos, pagarlos con religiosidad; no haya en las concurrencias á los Santuarios esas diversiones; mejor diremos esas profanaciones. Los bailes y comidas en los atrios de las Iglesias, ó á sus inmediaciones, llenan de sentimiento á cuantas personas van por piedad á ellas, y á los que con otro espíritu asisten, les sirve como de pretesto para befar la Religion y sus Ministros, por que los toleran, y

caso, para estender su mórdaicidad contra toda práctica religiosa. De la irreligiosidad á la impiedad no hay mas que un paso. Horricemonos, fieles, de semejante peligro: precaveros de caer en tan miserable estado.

La asistencia á los templos manifieste en público el respeto, que os lleva á ellos. Por lo comun se advierten palos en vuestras manos, las chaquetas sobre los hombros, los perros que os acompañan. Haced distincion del Templo donde Dios habita, de los otros lugares donde os juntaís. Las mugeres entran con sus cestas sobre las cabezas, las llevan al pie del Altar mismo, y hasta él no se cubren con sus mantos, confundiendo la casa de Dios con un meson, ó posada. ¡Cuanta afliccion padecemos, cuando esto vemos! Callamos por que no podemos remediarlo. En oyendo una Misa de prisa y corriendo, creen algunos tienen ya satisfechos los preceptos de Dios y de la Iglesia, de santificar los dias festivos, y oír Misa en ellos, y de nada mas se cuida, aun en los mas solemnes; huyendo, si pueden, de asistir á la Misa del Párroco, si éste esplica el catecismo, ó les predica el Evangelio.

La confesion y comunion entre año, cuando se hacen los actos de animas, ó se celebra el Patrono, ú otras fiestas de las parroquias, ya apenas hay sino pocas personas, que las hagan. El Rosario, ó Corona á María Santísima, la Via-Cruis, la visita de Altares, la estacion al Santísimo, costumbres santas, prácticas religiosas que se tienen en las mas de las parroquias, se van estinguendo, se acaban. Los actos todos del culto con que honramos á nuestro Dios, á María Santísima, á los Santos, insensiblemente van des-

apareciendo, y tememos, que si continuamos así, la generacion que se cria, apenas podrá manifestar por sus obras en lo sucesivo, sino la tibieza, la indiferencia, la relajacion, la inmoralidad. Si los corazones se forman sin la devocion; crecen sin el fomento de la pública piedad, se habituan á una fé estéril, á una moral sin virtudes sin buenos ejemplos, sin prácticas religiosas, ¿que los ha de sostener contra la general relajacion? ¿que han de poder oponer al espíritu de libertinage, é irreligion, que de algunos años acá, á manera de torrente, quiere arruinarlo todo, y todo envolverlo?

Vamos, amados fieles, á reformarnos, y vereis como aplacamos al Señor. Observemos su ley santa, estemos á sus mandatos. Cumplamos con lo que la Iglesia escige de nosotros, mostremos dóciles á cuanto ella nos impone. Abundemos en toda obra buena. Inspirad á vuestros hijos con la palabra y con el ejemplo la devocion mas tierna á María Santísima: es nuestra Madre; se hizo cargo de nosotros en el Calvario: ella es la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores. Acudamos á su proteccion en la necesidad en que nos hallamos: rezadle el rosario, ó la corona de sus Dolores todos los dias: saludadla al amanecer, al medio dia y á las oraciones con las Aves Marías, práctica muy antigua y que ya se va olvidando. Cuando os levanteis de la cama, ú os acostéis, signaros con la señal de la Cruz, y cuando paseis por alguno de los Cruceros decid, *Adoramos te Santísimo Señor Jesucristo etc.*, haciendo intencion de ganar las Indulgencias, que tenemos concedidas á todos. Asistid á vuestras parroquias con toda compostura,

oid la voz de vuestros Parrocos, y esplicacion del Catecismo: concurrid á las Cruces todos los dias festivos, y principalmente os encargamos la confesion y comunion con mas frecuencia, que lo haceis. En las Pascuas, los dias de los Patronos de vuestras Iglesias; en las principales festividades de entre año, purificad vuestras conciencias, participad de la Mesa del Altar.

Acudamos á estas medicinas con toda devocion y amor. Si estamos sanos, ellas fortalecen, conservan y prolongan nuestra vida: si enfermos, ellas nos alivian, nos purifican, nos sanan en el alma, y aun cuando la muerte nos ocupe, influyen poderosamente para que sea dulce, suave, tranquila, preciosa á los ojos del Señor. Penetrada nuestra alma de la paz, que inspira una confesion bien hecha; desterrada la ansiedad de una mala conciencia; fortalecida ademas con el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, la Cólera no nos aterrará tanto; la miraremos con menos sorpresa. La idea de nuestros pasados delitos se avivará; pero la gracia del Señor nos hará ofrecernos en propiciacion por las penas merecidas: un espíritu de compuncion, de verdadera penitencia se apoderará de nosotros, y nos hará aceptar los dolores, la enfermedad, aun la muerte misma, como un justo desagravio de la Magestad ofendida; y apesar de que nuestra carne se resienta, que el cuerpo rehuse el sacrificio y que la parte sensitiva y animal forcegege para alejar la muerte; humillados, contritos, ayudados con la gracia, confortados como Jesus en el huerto de Gethesemani por el Angel, que le presentaba el Cáliz de su pasion y de su muerte, diremos con la mayor resignacion: *Pater... non mea voluntas, sed tua fiat.* ¡Que

ejemplo tan grande, tan poderoso, tan dulce, tan digno de imitarse por una alma cristiana al tiempo de morir!

El rico redima sus pecados con limosnas, y sus iniquidades teniendo misericordia con los pobres. Si la Cólera entra en el Arzobispado ¿que será de tantos infelices? Ellos se afanan, sudan, trabajan todo el año las tierras de los pudientes, para pagar sus rentas. ¿No será justo que estos brazos que nos visten, estén cubiertos? ¿que los que nos dan de comer, estén mantenidos en las calamidades, que padezcan; y que los que tantos años son nuestros sirvientes, los sirvamos siquiera interin dure su enfermedad, auxiliandolos en sus pobres lechos.? El aváro, que aumenta su caudal en tiempo de miseria, que se mantiene del necesitado, y cuyos vestidos si se esprimen, darán la sangre de los pobres, de que están empapados ¿para cuando se reservará restituir, sino lo hace ahora? ¡Ay! La muerte le arrebatará su alma, y su dinero le servirá para su eterna condenacion.—El que esté enemistado, ó haya agraviado á alguno, á reconciliarse al instante. El Señor ha dicho á esta clase de pecadores, que si al fin á ofrecer su ofrenda, se acordase tener algo con algun hermano suyo, la deje ante el Altar, vaya á reconciliarse con él, y despues vuelva.—El entregado á la sensualidad, ó corrupcion de la carne, penétrese que la muerte es el único fruto, que ella dá.—El escandaloso, el que se halle en cualquiera pecado público, cese de hacer víctimas; no lleve en pos de sí la inocencia, el candor, la buena fé. La muerte le vendrá á manera del ladron en el día y hora que menos piense, y cuanto se glorió en las delicias de esta vida, tanto se le dará de tormento.

Temamos, en fin, todos á Dios, que en todo lugar y tiempo nos vé, nos observa. Su temor santo aborrece todo lo malo, y él mismo nos hará obrar todo lo bueno. *Qui timet Deum faciet bona.* Vivámos en paz con Dios, con todos los hombres, principalmente con los constituidos en algun puesto, Dignidad, ó mando. Son Ministros de Dios; por que toda potestad de él viene, y á los que mandan y gobiernan, por conciencia los debemos obedecer. Jesucristo nos dió este ejemplo en sí mismo, y nos enseñó esta doctrina por sus palabras. Los Apóstoles San Pedro y San Pablo las repitieron en sus Epistolas, y los cristianos en todos tiempos las han tenido y practicado, como preceptos de nuestra Religion Sacrosanta. El que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios, y se adquiere su condenación. Labramos nuestra propia ruina. Hacemos, fieles míos, nuestra infelicidad, dividiendonos. *Todo Reyno dividido en sí mismo, será desolado,* dijo Jesucristo, y sus palabras no dejarán de cumplirse. Temamos, fieles míos, tan terribles vaticinios. Cumplamos todos nuestras respectivas obligaciones, y haremos la paz, la felicidad que tanto deseamos.

Concluimos, amados fieles. Acaso os habremos entristecido por la exposicion del peligro del Cólera, en que nos vemos, y del que os hemos hablado en esta nuestra Carta; pero, si vuestra tristeza os mueve á arrepentiros, no nos pesa haberlo hecho. *Etsi contristavi vos in Epistola, non me poenitet. . . quia contristati estis ad poenitentiam.* Os lo repetimos por la última vez, cesen los pecados y esperemos en el Señor, que hará cesar el Cólera. Convertios á él de todo vuestro corazon en ayunos, en lágrimas, en llantos, por

que es benigno, clemente, sufrido, y de mucha misericordia. Sonad la trompeta en Sion, santificad un santo ayuno, convocad á junta, congregad al pueblo, reunid los ancianos, juntad los parvulos y hasta los niños de pecho; y colocados los Sacerdotes entre el vestibulo y Altar cubiertos de lágrimas, decid: *parce Domine, parce populo tuo*. No os acordeis Señor, de nuestras iniquidades; anticipense á nosotros cuanto antes vuestras misericordias. Ayudanos, Dios Salvador nuestro, y por los méritos de nuestro Patrono Santiago, por los dolores de María Santísima nuestra Madre, y *propter gloriam nominis tui, Domine, libera nos; et propitius esto peccatis nostris propter nomen tuum*.

Los Párrocos leerán esta nuestra Pastoral en la Misa parroquial en el primer dia festivo siguiente á su recibo, y damos á todos nuestros fieles la bendicion pastoral en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. Palacio de Lestrove 5 de Noviembre de 1834.

*Sr. Rafael, Arzobispo de Santiago.*

Por mandado de S. E. el Arzobispo mi Señor

*Dr. D. Ventura Castañeda*  
Srio.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

**SANTIAGO: 1834.**

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE COMPAÑEL.